

Salvador Rueda Smithers

## La biografía de un revolucionario

Joaquín Nava Moreno

*Heliodoro Castillo Castro, general  
zapatista guerrerense. Relato testimonial*  
Ediciones El Balcón-UAG-INAH-Sedesol,  
México, 1995.

Hace algunos años, el escritor Jorge Ibarguengoitia ironizaba sobre los libros de memorias de hechos personales sobresalientes durante la revolución que veía, de niño, llenarse de polvo en los estantes de las librerías. Grandilocuentes, justificatorios y aburridos, nunca se leyeron porque se adivinó que a sus autores les interesaba todo menos la literatura y el conocimiento de la verdad histórica. Con justicia, esos libros envejecían apenas salidos de las prensas. Su mayor falta, quizá, fue la desmesura: fundados en la exageración, como libros de literatura les faltó talento; como de historia, les faltó la sana distancia que da el tiempo y la prudencia de quien no necesita mentir. Tiempo y prudencia son, en cambio, características que sí cumple el libro que aquí se presenta: su intención apunta hacia la historia, no a la literatura ni a la apologética.

El mérito de quien ahora nos ofrece sus memorias a modo de narración continua no era poco: el coronel Joaquín Nava Moreno fue secretario de don Heliodoro Castillo desde sus primeros momentos rebeldes hasta su

muerte; era, por ello, testigo privilegiado de una vida que no le fue ajena.

Editado para leerse sin interrupciones, estructurado en un único relato tan veloz como el correr de un instante, este libro absorbe de golpe todo el tiempo vital del Heliodoro Castillo revolucionario. Un lustro bastó para que Castillo dejara su marca a fuego en la memoria regional; su indisputable estatura moral justifica plenamente la elaboración de su biografía. Pero lo interesante, en este caso, se vuelca sobre el autor y sus maneras de concebir y escribir la realidad.

Este es un libro de historia que se proyecta entre la biografía y las memorias. Escrito con admiración hacia su personaje central —como aconsejan las reglas del género biográfico— no escatima descripciones particulares del mundo memorado en las que el autor presta sus ojos e inteligencia, casi ochenta años después, a su querido jefe Castillo. “A un escritor de vidas se le permite la imaginación de la forma, pero no del hecho”, afirmó el biógrafo León Edel. El punto clave está en al mesura de la imaginación y en el conocimiento real del acontecimiento, se puede abundar; esta proporción equilibrada distingue este libro de don Joaquín Nava de aquellos que, no sin razón, Ibarguengoitia descalificó.

La lectura de este apunte testimonial descubre los afanes del profesor Nava por amueblar el universo guerrerense del periodo revolucionario: historiador por naturaleza, seleccionó y ordenó los acontecimientos importantes, y cuidó más de la exactitud de las circunstancias que de las florituras literarias (que, de cualquier modo, no escatimó al reproducir con tonos bronceos discursos, arengas y diálogos). Por eso, el relato de don Joaquín Nava se adapta a los postulados de la libertad de las historias de vida —esa provincia de la

historiografía, como las definió León Edel— con el respeto a las estructuras narrativas populares.

Para dar lógica al desarrollo de los hechos, a don Joaquín le preocuparon varios asuntos, como la precisa ubicación física de hombres, pueblos y cosas, el detalle de los gestos, los efectos del sonido recordado y las condiciones del medio ambiente. Mucho menos interés concedió —habrá que agradecerle— a la explicación frecuentemente arbitraria que otros autores hacen del contexto político regional y nacional, y favoreció en cambio el papel de la *voluntad* como factor de la sucesión de aquellos acontecimientos que vivió de cerca. Para don Joaquín, creo entender, el motor de la historia es el hombre que decide y actúa en un cosmos hecho de la conjunción de orden y azar, lejos de su idea de historia están, en cambio, bizarros mecanismos externos que empujan a hombres y pensamientos, deterministamente y a lo largo de extrapolaciones más bien inútiles, a hacer una u otra cosa. Esta concepción volitiva de la historia tiene sus ventajas para la lectura: la narración es como la vida misma, siempre sorpresiva, que guarda sus secretos y no adelanta desenlaces para quitar rigidez a la explicación literaria de un pasado ya conocido.

“Todas las vidas son desórdenes compuestos”, escribió Edel al referir la labor organizadora que enfrentan los biógrafos. Y el trabajo de don Joaquín revela el tamaño de la empresa que acometió con pulcritud, al separar los hechos básicos de la vida del general Castillo del cúmulo de recuerdos personales, sin temer a la reelaboración y a la fantasía que el tiempo y la admiración hacen jugar a la memoria. Este libro es una suma ordenada de recuerdos que vuelven inteligible a un complejo ser humano en el contexto difícil de una revolución.

Bajo la animada perspectiva de don Joaquín Nava, se viaja del recuento de hechos militares (combates y tiroteos) a las decisiones políticas trascendentales, de las anécdotas campiranas de hombres y mujeres envueltos trágicamente por la guerra a la firme voluntad personal que desafía los contratiempos y construye devenires, de los relatos con principio y desenlace a las narraciones sin solución de continuidad, no menos históricas en el sentido estricto de la palabra —esto es, reales— por no tejerse en los entramados de la causa-efecto.

Entrelazando estos elementos, don Joaquín elaboró un buen retrato de Heliodoro Castillo, hombre difícil de describir en el fondo de su personalidad, y de cuya imagen física apenas tenemos huellas documentales —con alguna excepción apuntada por don Joaquín, el mismo Castillo evitó ser fotografiado—. El recuento de hechos memorados sobre el hombre de ideas firmes y revolucionario generoso que nos propone don Joaquín Nava puede corroborarse en las cartas y manifiestos que resguardan los archivos zapatistas. Algo más, es cierto, se pide a una biografía; sin embargo, poco nos dice don Joaquín —porque poco debió permitirle la natural discreción de su biografiado— sobre elementos más íntimos de don Heliodoro. No hay atisbos de sus anhelos particulares, de sus mitologías privadas, de sus temores, de sus preocupaciones y de sus esperanzas detalladas del que sería el México que como revolucionario quería construir. Por el contrario, la resistencia a ser “conocido en los periódicos” descubre, como indicio inequívoco, que la insuficiente nitidez de la personalidad de Castillo no debe imputarse a defecto en la memoria de don Joaquín, sino a la impermeabilidad misma del general, dedicado en cuerpo y alma a su labor como jefe re-

volucionario y responsable del buen orden en la zona que controló. El Heliodoro Castillo de don Joaquín Nava, podemos conjeturar, fue lo que hoy llamaríamos un dirigente de carácter reservado, que buscó y logró ser de bajo perfil.

Las coordenadas que guían la lectura de este libro de historia de vida son explícitas. El tiempo y el espacio fueron claramente delimitados: el estado de Guerrero entre 1912 y 1917. De manera lacónica pero precisa y contundente, comienza la narración con una ligereza que se ajusta a las reglas de la economía literaria: sin excesos, nos introduce a un Heliodoro Castillo en el momento mismo en que se incorpora al flujo de la historia cuando, una noche de 1912, en Tlacotepec, la familia Castillo decide declarar la guerra al gobierno y enfrentar a los soldados que evitaban que la explosión revolucionaria se extendiera por zonas que se pensaba pacíficas. No sin humildad y buen sentido, don Joaquín describe el sacrificio de los Castillo como lección perenne en su biografiado: Heliodoro Castillo a salvo por un golpe de audacia mientras sus parientes eran apresados y luego fusilados, aprendió las ventajas de la prudente inteligencia —arma principal de los revolucionarios en cualquier tiempo y lugar—. Más tarde, el general Castillo dio muestras de poseer aquella otra virtud siempre perseguida por todos los revolucionarios de la historia: ser un hombre justo.

La participación revolucionaria de los guerrerenses de Heliodoro Castillo abarcó todos los ámbitos políticos y militares que exigió el cuartel general de Emiliano Zapata a los seguidores del Plan de Ayala. El relato de don Joaquín convierte ese duro compromiso en una aventura que es privilegio de los hombres valientes y convencidos, aventura en un mundo sorprendente, recreado literariamente a la manera de

las crónicas de hace tres siglos y medio: es el incesante peregrinar de las guerrillas por una geografía mixta de nombres en náhuatl y castellano viejo, poblado de piedras, ríos, desfiladeros y sierras, de estaciones uniformes, de mucha esperanza y ningún milagro. Mundo que no dejaba de ser peligroso, el medio ambiente natural de la zona que controló política y militarmente Heliodoro Castillo ofrecía oportunidades para una guerra sin cuartel a los opositores de la revolución campesina; los zapatistas apenas tenían respiro: en cada plaza importante, en los caminos o en las barrancas existía la posibilidad de encontrar enemigos tan bien armados como pocos diestros y proclives a defender a malos gobiernos, a los cuales combatir con astucia y derrotar con movimientos ágiles. A la superioridad numérica y de armamento de los gobiernistas, los hombres de la División Castillo oponían perspicacia, ingenio y, sobre todo, un conocimiento particularizado de la naturaleza y de su fuerza propia.

“Saber y manejar las propiedades de la naturaleza”, es una frase que esconde los secretos de culturas enteras. Significa conocer desde las amplitudes geográficas regionales en las distintas épocas del año, la fuerza y hondura de ríos y arroyos, la resistencia de maderos y piedras, las durezas de las tierras, las dificultades de ascensos y descensos de cerros, la existencia de veredas poco transitadas, las cuevas y rincones como posibles abrigos en casos contingentes; pero también significa el conocimiento tradicional de plantas alimenticias y medicinales, de animales fieros y domésticos (sobre todo de las capacidades del caballo, verdadero “segundo cuerpo” de los combatientes, o del nerviosismo de los perros que pueden alertar a los poblados de la presencia de extraños). Curar heridas y enfermedades con hierbas útiles en los campa-

mentos revolucionarios o reconocer los sitios de pastizales naturales, confiar en el impulso obediente de las monturas en las madrugadoras caminatas sobre caminos invisibles, sería acción imposible sin el conocimiento cabal del medio ambiente, ora propicio, ora tan desfavorable como un enemigo más; tal era característica fundamental de las guerrillas zapatistas. Sin dificultad, la memoria de don Joaquín Nava recupera esta sabiduría y la acomoda como parte circunstancial de la historia que relata.

La naturaleza humana era con mucho más digna de atención y cuidado. Distinguir a los amigos y adictos al Plan de Ayala de los voluntarios gobiernistas —muchos de ellos forzados a pelear contra los revolucionarios— y de los que con facilidad cambiaban de bandera, era parte del buen ojo del general Castillo. No su característica más notoria en este sentido, sin embargo, nos descubre don Joaquín: Heliodoro Castillo era mucho más hábil para dilucidar la verdad en el silencio de intenciones y conductas. Su código moral, acorde a los postulados del mismo Zapata, no dejaba margen de duda a propios y extraños: sin crueldades, evitó abusos contra los pacíficos, castigó delincuentes, perdonó enemigos que no fueran criminales de guerra y mantuvo la disciplina predicando con el ejemplo. Bien ganada fue su fama de hombre justo y valiente; bien la pinta la pluma de don Joaquín Nava.

Controlar y gobernar la naturaleza y sus hombres no era fácil. Grandes y graves decisiones tuvieron que tomar el general Castillo y sus cofrades Jesús H. Salgado y Adrián Castrejón. Por ejemplo, sobre la buena administra-

ción de los recursos naturales, como la plata y el estaño. Una anécdota digna de un libro fantástico nació de la extraña conjunción de ingenio para sobrellevar la economía de guerra —como en la fabricación de balas reutilizando casquillos—, ingenuidad —como en la confusión de plata con estaño— y el reconocimiento de un paisaje distinto y misterioso —de los carabineros de Coahuila en la serranía guerrerense—, conjunción que dio origen a una conseja que basó su verosimilitud en su trastocada imposibilidad: los soldados gobiernistas norteños, maravillados, decían que Guerrero era tan rico que sus rebeldes les disparaban balas de plata. Y no se equivocaban: los zapatistas confundieron la plata con estaño y con ella fabricaron proyectiles. De hecho, el Banco Revolucionario de Guerrero nació luego que el general Castillo intuyó el error.

El ingenio también se tradujo en sacar el mejor partido de las carencias. Asimismo, en cierto instinto de sobrevivencia que evitaba caer en las trampas más frecuentes en la vida trashumante de los guerrilleros: emboscadas y movimientos envolventes de caballerías e infanterías durante las caminatas serranas. Y sobre todo, se tradujo en agudeza para detectar y prevenir a los principales enemigos de toda revolución: el quintacolumnismo, la traición y el engaño. Reconocer el rostro del que no comulgaba con las ideas propias y responder con astucia era una de las facetas más admiradas del jefe Castillo; también el saber escuchar y atender los consejos de sus intelectuales Abrajan, Ángel Barrios y Santiago Orozco, de sus oficiales más

cercanos y, confiesa con humildad, del mismo secretario Joaquín Nava.

Destaca don Joaquín el buen sentido del general Castillo en el espinoso episodio de la contribución del obispo de Chilapa a la revolución zapatista. No sin tacto, Castillo y su gente supieron resolver el problema de una posible revuelta de tintes clericales cuyos alcances fueran mucho más allá de lo manejable por el mismo obispo. Todo quedó en un escándalo sin consecuencias, además de que Zapata obtuvo el dinero solicitado. Casi como un suspiro, don Joaquín deslizó un comentario que descubre la diferencia cultural y de personalidad entre jefes como Encarnación Díaz y don Heliodoro de frente a los signos de la autoridad religiosa: mientras Chon Díaz podía conformarse con la bendición que con cierta mala gana lo despedía como simple campesino molesto, Castillo fue lo suficientemente enérgico para hacer obedecer la comisión de Zapata y para dejar en claro que, en caso de urgencias revolucionarias, el desprecio del obispo no bastaba para demostrar la superioridad del dirigente religioso sobre los rebeldes campesinos.

El texto de don Joaquín Nava demora los episodios trágicos y les da el lugar que debieron tener en la realidad que recuerda: tan sólo un instante, contundente pero fugaz. Aún la muerte del general Castillo, pasaje con el que cierra el libro, es descrita escueta pero puntualmente, sin exceso de adjetivos ni de innecesarias extrapolaciones. Muerte digna de un hombre digno, simplemente. Y, podría concluirse, recuerdo digno de una memoria fiel que supo equilibrar la imaginación con la verdad histórica.